



Yo me admiro cómo es que esa monumental obra, a la cual se debieron los triunfos militares y la consolidación del continente republicano, ha podido ser oscurecida por las bélicas hazañas, por seductoras que sean. Tiempo es ya de que la actuación administrativa de los estadistas de hace un siglo, de Santander y de Gual, de Restrepo y de Briceño Méndez, de Castillo Rada y de Urbaneja, de Revenga y de Vergara, adquiera en la historia de América el puesto de primer orden a que le dio derecho la espléndida fecundidad de sus resultados.

No ha habido en nuestro país gobernante alguno que por tiempo más continuo, sin un día, sin una hora de tregua, haya tenido que realizar desde el bufete un trabajo más original y múltiple. Hasta hoy en Colombia nadie se ha sentado en el solio por un período más largo.

No acierta uno a explicarse cómo de tres colonias en ruinas por diez años de guerra, pudo hacerse surgir una gran nacionalidad organizada en todos los ramos del servicio público. Eso sólo hubiera sido problema único en la historia del Nuevo Mundo; pero sus caracteres se complican hasta lo sublime si se piensa que para ello había que ir conquistando el territorio palmo a palmo, por ejércitos que se sacaban de la nada y se organizaban y equipaban por fuerza de una maravillosa intensidad gubernativa. Por eso se llamó a Santander, como al gran Carnot, «el organizador de la victoria.»

Nada hay tan digno de llamar la atención en nuestra historia, desde el punto de vista de la legislación aplicada, y aplicada con criterio práctico—inverosímil en estadistas criollos formados en los campamentos,—como la obra administrativa de la Gran Colombia. Y cuenta que no quiero referirme a la continuación de ella, o sea a la administración granadina de Santander, como primer Presidente constitucional, donde descolló con clásica grandeza el Ministro Pombo.

Para el jurista, para el legalista, la lectura de la *Gaceta de Colombia* es algo que atrae, que pasma, que subyuga, que desconcierta: no cabe en la pequeñez de nuestras concepciones de actualidad aquella enorme mole administrativa, de innumerables fases: la organización y equipo de ejércitos; la formación de la marina; el crédito exterior y los empréstitos para arbitrar recursos suficientes a la campaña continental; la iniciación de relaciones exteriores, empujando por la obtención del reconocimiento de la nueva nacionalidad; la búsqueda de los mercados mundiales para la oferta y la demanda, mercados enantes desconocidos para el comercio criollo; el fomento de una excelente inmigración cuyos benéficos resultados aún perduran en nuestros salones, en nuestros campos, en nuestras industrias; el implantamiento de las libertades modernas en un país de li-



bertos, con gran mayoría analfabeta y sin hábito alguno de gobierno propio; la modelación lenta, pero sostenida y firme, del carácter nacional en el espíritu de la República, surgida de repente del seno de una colonia gobernada por el absolutismo; la iniciación y no soñado desarrollo de la instrucción pública, desde la escuela primaria hasta la universidad, desde el colegio hasta el museo, desde el instituto técnico hasta la academia; impulso de las artes y de las industrias, que llegaron a dar productos de que ahora nos declaramos incapaces; la organización de la Hacienda Pública y de los métodos de recaudación, en la tierra de las alcabalas y los pechos que levantaron a los *Comuneros*; la administración de justicia y la restauración republicana de la magistratura, desde la Corte Suprema hasta el Juzgado parroquial; la Comisión codificadora y la constante y no igualada colaboración del Gobierno en las labores parlamentarias, en las cuales fue espejo y modelo de poderes colegisladores; los rudimentos de la higiene nacional y de la asistencia pública; el estímulo a la agricultura y el comercio; la mejora de las vías de comunicación . . . . .

A propósito, muy merecida es la estatua que la gratitud nacional levantó a Mosquera, cuyo emblema principal recuerda la navegación por vapor en el Magdalena.

Sea esta la solemne ocasión de hacer constar que Mosquera lo que obtuvo fue la regularización de ese servicio, el primero en la vida del país; mas fue Santander quien lo inició, de manera tan precisa, que el buque que llevó su ya glorioso nombre fue el primero de vapor que atravesó el Atlántico.

Este solo rasgo da idea de la complejidad de la Administración Santander, que así despachaba hasta el Perú los tercios de Sucre y de Córdoba como procuraba buques a Padilla o los traía para remontar el Magdalena; que así lograba el reconocimiento y fama europeos de la joven nacionalidad, como levantaba empréstitos de la Libertad; que así iniciaba el Lazareto del Socorro como daba vida al Colegio de Boyacá, al de Cartagena, al de Medellín, al de Cali, al de Neiva; que así escribía a las Cámaras conceptuosos mensajes, verdaderos papeles de Estado, atestados de datos y de proyectos útiles, como mantenía constantemente sobre su mesa, al lado del viejo códice español, la fresca ley colombiana, y junto al comentar de las Partidas, el más reciente y afamado tratadista de legislación y de jurisprudencia.

Por más que sean conocidas, es imposible, al estudiar la obra de Santander como varón de gobierno, dejar de añadir las gráficas palabras del Príncipe Pedro Bonaparte, que lo retratan de cuerpo entero:

«He conocido a todas las Mejestades de Europa, y puedo asegurar a ustedes que no he visto a nadie en quien la

naturaleza haya impreso con caracteres más fuertes el dón de mando que en el General Santander.»

De esa suerte la obra jurídica de Santander, eminentemente legalista, por encima de resistencias omnipotentes y de gloriosos poderíos, fue tan larga y profunda, se aplicó a territorios tan extensos, actuó en un momento histórico tan preciso y único, y revistió caracteres tan originales y múltiples, que vino a constituir un todo armónico y perfecto de administración dentro de la República, como no puede decirse de otro gobernante alguno en América.

Sí; en el inmenso escenario americano, en el gran drama de la emancipación, el papel de Santander descuella como la personificación de la democracia y como auténtica encarnación de la República.

Es por esto precisamente por lo que los colombianos, orgullosos de nuestras tradiciones civilistas, de nuestro legalismo, infundido al alma de la nacionalidad por su propio fundador el licenciado Quesada, consideramos a Santander como la característica histórica de nuestro pueblo y su grandeza de republicano como el símbolo más alto de la idiosincrasia nacional y la personificación, en el tiempo y en la historia, de lo que hemos sido y lo que somos. Desde este altísimo punto de vista la gloria de Santander es común a todos los colombianos. Porque es justamente la rectitud del pensamiento, la constancia en el culto de la ley, la tesonera perseverancia, la cívica firmeza, la fe sin vacilaciones, el impulso fecundo, la acción invicta contra el obstáculo de dura raigambre, la doctrina inviolada, lo que da a la personalidad republicana de Santander la atracción arrebatadora de las grandes obras de arte. Un lunar, una mancha, habría de desdorar, al menos en algún detalle, la suprema armonía, la unidad seductora de esa vida, tomada en su conjunto para modelar con ella una creación verdaderamente estética.

La doctrina republicana en Colombia vive y alienta por la pureza de su infatigable Apóstol; el radioso esplendor de ésta le da todo su prestigio. ¡Es que, al contrario de otros, en materia del dogma divino de la República, hija legítima de Cristo, nuestro Pedro no negó al maestro jamás!



naturaleza haya impreso con caracteres más fuertes el dón de mando que en el General Santander.»

De esa suerte la obra jurídica de Santander, eminentemente legalista, por encima de resistencias omnipotentes y de gloriosos poderíos, fue tan larga y profunda, se aplicó a territorios tan extensos, actuó en un momento histórico tan preciso y único, y revistió caracteres tan originales y múltiples, que vino a constituir un todo armónico y perfecto de administración dentro de la República, como no puede decirse de otro gobernante alguno en América.

Sí; en el inmenso escenario americano, en el gran drama de la emancipación, el papel de Santander descuella como la personificación de la democracia y como auténtica encarnación de la República.

Es por esto precisamente por lo que los colombianos, orgullosos de nuestras tradiciones civilistas, de nuestro legalismo, infundido al alma de la nacionalidad por su propio fundador el licenciado Quesada, consideramos a Santander como la característica histórica de nuestro pueblo y su grandeza de republicano como el símbolo más alto de la idiosincrasia nacional y la personificación, en el tiempo y en la historia, de lo que hemos sido y lo que somos. Desde este altísimo punto de vista la gloria de Santander es común a todos los colombianos. Porque es justamente la rectitud del pensamiento, la constancia en el culto de la ley, la tesonera perseverancia, la cívica firmeza, la fe sin vacilaciones, el impulso fecundo, la acción invicta contra el obstáculo de dura raigambre, la doctrina inviolada, lo que da a la personalidad republicana de Santander la atracción arrebatadora de las grandes obras de arte. Un lunar, una mancha, habría de desdorar, al menos en algún detalle, la suprema armonía, la unidad seductora de esa vida, tomada en su conjunto para modelar con ella una creación verdaderamente estética.

La doctrina republicana en Colombia vive y alienta por la pureza de su infatigable Apóstol: el radioso esplendor de ésta le da todo su prestigio. ¡Es que, al contrario de otros, en materia del dogma divino de la República, hija legítima de Cristo, nuestro Pedro no negó al maestro jamás!

## DISCURSO

DEL DOCTOR ALFONSO ROBLEDO A NOMBRE DE LA SOCIEDAD  
DE EMBELLECIMIENTO DE BOGOTÁ

El hecho que voy a anunciaros es de aquellos que tanto más expresan cuanto menos cubre la retórica su sencillez hermosa: la venerable *Quinta de Bolívar* queda desde hoy mismo encomendada al cuidado de la Nación. Hase adquirido merced a los esfuerzos de la Sociedad de Embellecimiento y de la Academia Nacional de Historia, como sobriamente lo dice la piedra que en este muro colocaremos en breve. En manos de tales corporaciones habrá de estar por algún tiempo tan sagrada reliquia, mientras la generosidad del Gobierno y del país acaba la obra comenzada, y con fondos nacionales se logra no sólo pagar su importe, sino fundar aquí un Museo Boliviano, a guisa de homenaje a los héroes cuya inmortal hazaña hoy se recuerda. Y nada más debería decirse. Aquí debería yo callar para dejaros oír, contenido el aliento y el alma de rodillas, lo que os dice esa chimenea, intacta aún, donde acaso buscó calor para su cuerpo quien no pudo hallarlo para su alma profundamente desengañada; lo que os cuentan esos pinos melancólicos, salvados del trajín irreverente, y que es fortuna no hayan parecido demasiado tristes a hombres capaces de haber arrimado a sus troncos hacha impiadosa; lo que os refiere esta casa que hubiéramos visto demoler con indiferencia, tal ha sido nuestra incuria, esta casa que, después de todo, llena está aún del que varias veces buscó un asilo en ella, de igual manera que en el pomo abandonado y que varios usos ha tenido, siéntese aún, fragante y amoroso, el perfume de rica esencia ya escapada.

Incoloras y desvaídas como son siempre mis palabras, nunca me lo habían parecido tanto como en esta ocasión solemne, cuando es fuerza quebrar con ellas este silencio conmovedor y augusto, a favor del cual percibo la inquieta palpitación de vuestros corazones. ¡Y a quién no emocionan los recuerdos que este día y este lugar despiertan! Hace hoy cien años que las huestes libertadoras, tras varios meses empleados en desarrollar el plan formidable que en Mantecal firmó Bolívar mismo, como Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y Nueva Granada, y en el cual dijo: «la rapidez será la divisa de esta campaña,» coronaron el último peldaño de esa escala luminosa que se ha llamado Gámeza y Vargas, Bonza y Boyacá; las dos patrias de Bolívar, el pueblo que guarda sus cenizas y el pueblo que guarda sus dolores, cruzan hoy entusiasmados sus banderas para saludar a los héroes que de entrambos países son común y excelsa gloria; una centuria ha corrido desde el día en que



hubo de entrar victorioso a Tunja, quien cinco años antes, en hora desgraciada, escuchó allí mismo las palabras alentadoras de Camilo Torres, palabras proféticas y vibrantes que tanto agradeció el Libertador, y que siguieron tras de él en su camino de heroísmo, como viento que hinchaba las velas de su coraje; comprada fue esta *Quinta* por orden de Santander, quien, como Personero de la Nación, hubo de obsequiarla al que acababa de ganar la batalla definitiva de la libertad americana, y que bien merecía una recompensa y un descanso; aquí se abrazan nuestros dos grandes héroes, dos colores que por obra del prisma parecieron distintos un momento, pero que hoy tornan a confundirse en la luz blanca de la gloria, como juntos estuvieron en la inmortal batalla.

Aquí está Bolívar; mas no es el jinete que en corcel soberbio pasa revista a sus ejércitos, a los cuales impresiona con su ademán olímpico y enciende con el fuego de sus proclamas; no es el que convoca pueblos para la Gran Liga americana, decreta la guerra a muerte, domina los obstáculos, vuélvese más grande en la derrota, sin que las fatigas mellen su organismo, ni los reveses debiliten los aceros de su voluntad pujante. Otro es el Bolívar que aquí hallamos, sobre todo en 1828: un hombre que ya no muestra la majestuosa figura de otros días; un hombre abatido que siente en su corazón las mordeduras del desengaño; un hombre a quien si se hubiese preguntado en qué pensaba, no habría dicho con la arrogancia de otras épocas: ¡VENCER!, sino ¡MORIR!; un herido incurable, celoso de su honra, que después de vencerlo todo, no logra vencer el dolor que las ingratitudes le causan; que comienza a verse extraño en una patria por él formada; que huyendo de los dardos envenenados de la calumnia, viene de la ciudad a este retiro cariñoso, lleno de paz y de silencio.

Olvidado de sus glorias, aprovecha las horas de soledad repasando aquí sus infortunios: la traición, como él pensaba, del que le hizo perder a Puerto Cabello cuando apenas comenzaba su carrera; el peligro en que estuvo de morir en Kingston a manos de un negro infame; la conspiración de Bermúdez y Mariño en 1816, a consecuencia de la cual le fue preciso dejar las costas de Venezuela; quizá había recibido ya la carta de su hermana, en que desde Caracas le decía: «aquí no vuelvas sino Libertador o muerto,» palabras que parecían anunciar la injusta proscripción que vendría en breve; la terrible noche de septiembre, en la cual pudo salvarse merced a la sutil astucia de una mujer intrépida. En todo esto medita mientras oye la orquesta del río, cuyas aguas, como las horas de la vida, ni un solo punto son iguales. Delante de los árboles piensa él porqué los hombres no son buenos como la naturaleza, donde todo se levanta hasta Dios.

donde el alma se penetra de la bondad de las cosas, donde un mal pensamiento parece que disuena en la gran armonía de los seres. ¡Oh, a buen seguro que este campo, aislado del bullicio en ese tiempo, tranquilizó un poco el ánimo atormentado de aquel Icaro sublime!

En los paréntesis de su vida agitada y tormentosa, aquí halla Bolívar los bálsamos que derrama la soledad sobre las heridas que siempre deja el trasegar ingrato de la vida pública. El alma, como la tierra labrantía, ha menester de vez en cuando apartarse del vano ruido, atalayarse a sí misma, buscar un dulce recogimiento, para que mientras dura el descanso, el subsuelo se fertilice, la savia se reponga, despierten los sentimientos que han sido ahogados por las pasiones revoltosas, y de ellos brote, hermosa y rubia, la espiga llena de la benevolencia. La vista del campo modifica no poco el giro de los pensamientos. Quizá él aquí no piensa ya en las *Vidas Paralelas* y en *Los Comentarios*, sino en las palabras del profeta: «La carne es heno y la gloria que ella da es como la flor del campo»; quizá, presintiendo su fin cercano, medita en las palabras de Ezequías: «Cortarás, señor, el hilo de mi vida, con la facilidad con que se corta la hebra cuando se teje la tela.»

A este puerto tranquilo hubo de acogerse el despedazado navío en busca de soledad y de reposo. Mas no estaba en los designios de Dios que anticipara su descanso. Cuando a fines de 1828 un conflicto internacional reclamó su espada, de aquí salió hacia el Sur con actividad pasmosa, de que nadie creía capaz al que parecía tener cavada media tumba. Al herir la Patria, heríanle a él, que era la Patria misma. Esta puerta le vio salir aquel día, para no volver más a este sitio. Es lástima que el lienzo no haya aprisionado el momento en que Bolívar dirige la última mirada a la mansión que le dio albergue, a los árboles que le brindaron sombra, y ¿porqué no decirlo, si está en la hora de los grandes perdones? de la *amable loca*, que alegre y bulliciosa triscaba por estos prados todavía buena, porque bondad de mujer nunca se agota, cuya abnegación con el héroe comparo yo a un hilillo de oro que hermoso brilla en negro cuarzo de locura. Alzando con trabajo esa frente anchurosa, canalizada por el sufrimiento, en una mirada de gratitud recogería todo este paisaje, pues era un gran poeta, que como tal agradecía beneficios, y también como tál, nunca llegó a comprender que hubiera ingratos.

Paréceme estar viendo al héroe, que desde una ventana de su mirador, cruzados los brazos y en actitud meditabunda, contempla extasiado la majestad de un crepúsculo de invierno. En nueve lustros ha quemado una célula vigorosa, tan rica que a un hombre común le habría hecho vivir cien años. Ahñado y envejecido, la muerte parece ya pintada en



su noble perfil severo. Pero aún es el poeta excelso que siente y ama la belleza, que sebe juzgar a Olmedo. Llevado por su fantasía, quizá compara su vida a la del sol, que tiene cenit radiante, que amortigua sus rayos luego, y que, hundido ya, hace creer que aún alumbra por las flores rojas con que la tarde lo despide. Paréceme verle ahora que levanta sus ojos a Monserrate. Está pensando acaso que el camino de la existencia es como una ascensión a las heladas cumbres. A medida que se sube, los árboles que abajo eran corpulentos vanse tornando más raquíticos, más delgados sus troncos, más pobre su follaje, y una vez en los páramos donde se amontona la nieve, la naturaleza, para defenderlos, se apresura a cubrirlos de musgo blanco. Hé aquí la vida, hé aquí la gloria. También en las zonas morales, cada vez va siendo más pobre la savia de las ilusiones, a medida que el hombre se acerca a las alturas, y cuando allí llega, el frío del desengaño le pone escarcha en la cabeza y nieve en el corazón, para hacerle comprender que la gloria vale sólo por los esfuerzos a que obliga, que en toda cumbre hay frío y desencanto.

Construída esta *Quinta* por don José Antonio Portocarrero en terreno comprado al Capellán de la ermita de Monserrate, doctor don José Torres Patiño, el año de 1800, tras la muerte de aquél vino a manos de su hija doña Tadea, y después a los hijos de ésta, en cuyo nombre la vende su tutora, doña Rosa del Castillo, al Gobernador Político del Estado, doctor José Tiburcio Echavarría, en junio de 1820, quien compra en nombre del alto Gobierno, y al aceptar la escritura dice «que dicha compra la hace a nombre del Excelentísimo señor Vicepresidente y del Estado, para mejorar además la finca en el modo posible y presentarla al Excelentísimo señor Libertador, Presidente de la República, Simón Bolívar, como una pequeña manifestación de la gratitud y reconocimiento en que se halla constituido este Departamento por tan inmensos beneficios de que lo ha colmado Su Excelencia restituyéndole su libertad.»

Habitada por Bolívar quizá por primera vez en 1821, y más seguramente en 1822, tras la batalla de Carabobo, pero muy breve tiempo, cuando ya le vemos verdaderamente instalado en ella es durante los diez días que permaneció en Bogotá, a fines de 1826; más tarde, en 1827, cuando la *Quinta* fue puesta a prueba por el terrible terremoto de ese año, del cual salió ileso, y en 1828, por fin, tras la nefanda noche de septiembre, que es para Bolívar el momento supremo de sus grandes dolores. Con ser que tanto quería esta mansión, alguna vez dio orden de venderla para atender a compromisos de honor y de patriotismo. Mas pudo retenerla hasta el 28 de enero de 1830, día en que, estando en la sala de su Palacio, declaró ante Escribano «que siendo poseedor en

propiedad de la *Quinta* que llamaban de Portocarrero, situada en el barrio de Las Nieves de esta capital, al pie del cerro de Monserrate, junto al río San Francisco, que sale de Boquerón, la cual hubo por cesión que de ella le hizo la muy ilustre Municipalidad de esta capital, en nombre de todos los ciudadanos de ella, ha dispuesto Su Excelencia, por el amor y adhesión que tiene al señor José Ignacio París, de esta vecindad, en cedérsela gratuitamente, para que como cosa propia habida con justo y legítimo título, disfrute de ella a su voluntad.»

He tenido en mis manos las viejas escrituras que a esta casa se refieren, y al ver en la última que he citado la firma de Bolívar, hube de secarme una lágrima al pensar en lo que fue para él ese año cuyo fin no vería, ese año de 1830, destinado a pasear por todo el país sus grandes pesadumbres, comenzando en la *Quinta de Fucha* y terminando en *San Pedro Alejandrino*. Más aún: el nombre de don José Ignacio París lo he leído con respeto, ya que complace tanto sentirse uno compatriota de un hombre lleno de generosidad y de largueza, de aquel patricio eminente en que había madera para las amistades que no mueren, tan fiel amigo de Bolívar, que su cariño hacia el héroe capaz fue de resucitar en el bronce la figura del gran atormentado que medita entristecido delante del Capitolio. La hermosa estatua corresponde al lugar para donde estaba destinada, es decir, para la *Quinta* que gentilmente obsequió Bolívar a París, ya que ambos monumentos tienen igual tinte de melancolía, y a entrambos enlaza el hilo de oro de la gratitud. Hojeando con respeto estos títulos notariales, un viento de grandeza me ha herido el rostro, y empinándome para ver aquellos hombres de los primeros días de la República, he pensado que ellos, como árboles centenarios, para crecer tanto, hubieron de agotar toda la savia de la tierra, en la cual apenas si crecen hoy débiles arbustos.

Asegurada la posesión de tan preciosa reliquia histórica; vigilada esta casa con el esmero con que los pueblos civilizados cuidan las mansiones de sus grandes hombres; reunidos en ella los dispersos trofeos del Padre de la Patria, tornaremos a ver aquí la venerable sombra de Bolívar, y el bello paraje que su nombre lleva no ha de ser en adelante profanado por la impudicia y el crimen. Aquí vendremos a besar las piedras que un día tocó la planta del gran caudillo; aquí donde parece que aún flotan sus grandes pensamientos; aquí donde el cincel del dolor comenzó a labrar las palabras, mojadas de sangre, que fueron el último voto del héroe moribundo, en que ofrece su vida por la concordia de los partidos, a la que vamos llegando, y por la hermandad de los pueblos belivianos, cuya unión debemos hoy jurar, como si aquí fuera nuestro monte sacro. ¡Silencio! Entra en su casa el Libertador. . .



## DISCURSO

DEL DOCTOR RAIMUNDO RIVAS, PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE EMBELLECIMIENTO, EN REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO NACIONAL

Imposible sería prescindir de tu nombre, Venezuela, cuando llega la conmemoración de días de gloria. Y muy grato es rendirte en este sitio, que abruma la excelsa sombra del hijo símbolo de tus grandezas, el homenaje de admiración ferviente a que te hiciste merecedora, en la plenitud del espacio y en el transcurso de los tiempos, ¡oh madre generosa!

En los anales de la libre América, en la pirámide gigantesca que las generaciones, artífices del milagro de la emancipación, levantaron con el esfuerzo de inúmeros laboradores ignotos y con las hazañas de grandes capitanes, a ti corresponde, Venezuela, como genitora del Libertador, el vértice altivo. Y en el Continente hispano, desde la tierra que vio a Guatemoc trocar el fuego del suplicio en ardientes rosas de inmortalidad, hasta el estrecho en que el eco vibra aún con el choque de araucanos y conquistadores, tu historia se destaca con relieve y brillo inconfundibles. ¡Quién, como tú, egendró esa trinidad en que se completan la aurora del apostolado con Miranda, la creación genial con Bolívar, y en Sucre la dualidad, supremamente armónica, del ciudadano y del guerrero, puede desafiar orgullosa el roce implacable de los años y el tumultuoso embate de los hombres!

Remoto ya por la centuria transcurrida el incendio que hizo surgir la República en el mundo del Almirante infortunado, podría creerse que existe ya la perspectiva suficiente para que la filosofía histórica hubiese pronunciado su fallo justiciero e inapelable sobre los próceres que en él se agigantaron. Mas fue tan profundo el estremecimiento que sacudió de su letargo la sociedad de la Colonia; tan reñida y apasionada la contienda, y de ella se derivaron tan poderosas corrientes ideológicas, que aún turba un ruido de armas la amplitud del estadio, se olean charcas de sangre sobre la arena estremecida, y el humo hipnotizador de las batallas nubla los ojos y pone incertidumbres en las mentes. Mas nada podrá desviar a Clio en la serenidad de su veredicto, y la América habrá de convencerse no muy tarde de cuán estériles son esos debates sobre el puesto que en la gratitud de los pueblos deben llenar los que pusieron entre ella y la Madre Patria un océano de heroísmo; y de que en el Olimpo pueden hombrearse, en su íntegra magnitud, los verdaderos superhombres, como caben todas las razas en su suelo fecundo, y yerguen los Andes sus picos altaneros, hasta poner sobre ellos una cimera de nubes, bajo la azul inmensidad!

Presenta el cuadro multiforme de tu independenciam, tierra de Caracas y de Barcelona, de Cumaná y de San Fernando, los tintes más variables y los más accidentados contrastes, y hay en

Batalla de Boyacá—3

él la gama completa del color, cual si una deidad caprichosa hubiese querido hacer más fascinadores los rayos de luz que cruzan, en tempestad alucinante, la época dantesca de la guerra a muerte. Y forma ella un panorama no superado de esfuerzos, de dolores y de triunfos, pues tuviste, en la más acabada proporción, momentos de prueba, días de amargura y horas de apotheosis: Venezuela heroica, Venezuela mártir, Venezuela emancipadora.

En un diario batallar de tres lustros rimaste la más inverosímil epopeya con el nervioso galopar de tus centauros, el relámpago de lanzas y sables, la blasfemia de Bolívar sobre las ruinas del terremoto de Caracas, los rugidos de Páez, las soberbias imprecaciones de Rivas, las voces de mando de Nariño y de Bermúdez, la carga vanidosa de Rondón en el Pantano de Vargas y la arremetida caballeresca del bravo entre los bravos contra *Valencey*—que mantiene incólume el honor de los tercios de Castilla,—aureolado todo ello, y mucho más, con el rojizo resplandor de San Mateo y la atmósfera abrasada en que agoniza el clangor de las trompetas de Maturín y de La Puerta. Y como en el lienzo del artista francés acaricia a los soldados dormidos el sueño de una carga magnífica de vencedores, sobre las ciudades despedazadas por la metralla y los campos que ostentan sobre la verdura prometedoras huellas del estrago, pasa una visión radiante, que trueca la crispadura angustiosa de los que cayeron en la lucha en expresión de augusta tranquilidad, y pone en la faz de los sobrevivientes ese resplandor olímpico, ese magnetismo indefinible que vivifica la chispa que robó Prometeo y arde en el fondo de la materia humana, imán que ostentan ante la posteridad los que una vez consagró el beso formidable de la Gloria.

Empero, el ruido ensordecedor de la epopeya no es bastante para ahogar la elegía quejumbrosa que forman los lamentos de tus mártires, Venezuela. ¡Oh inmensa cadena, cuyo primer eslabón lo forman el múmero torso de José María España y que, extendiéndose hasta los últimos caídos ante los muros de Puerto Cabello, marca con huella sangrienta el alternado duelo de campeones del Rey y de caballeros de la República! Defensores de Valencia, alanceados mientras vuestras esposas y vuestras hijas danzan, bajo el estallido del látigo, los aires populares. Víctimas de la *Ley de Conquista* que dictó Monteverde y extremaron Boves y Morales. Mutilados por las hordas de Antoñanzas y Rosete. Mujeres cuyos cráneos hacen saltar, bajo los muros de la Casa Fuerte, las balas de los soldados de Aldama. Infantes desgarrados sobre el seno de las madres por la cuchilla de Zuazola. Irreductibles flecheros de Margarita, que no pueden prolongar sus alaridos de venganza, porque los sepultan las aguas de la Laguna Salada. Emigrados cuyos huesos blanquean en las llanuras del Oriente que cruzan en su éxodo las poblaciones, acosadas por los caudillos de trágicos sobrenombres, que aún esparcen terror en las campiñas..... Desolación incomparable, en la cual la equidad ordena incluir los inmensos claros que abrió en las filas de los sostenedores de Fernando, el



Decreto de Trujillo. Y en esta rememoración de los que eligió para sí la adversidad, obsesionan los recuerdos de dos preclaros adalides: el vencedor en San Félix, al subir al cadalso ante las miradas atónitas de sus compañeros de armas; y, más alto aún, Miranda, el legionario de la Gironda, que en su lenta agonía, acompañada sólo por el ritmo de las ondas marinas que golpean la Carraca, ignora que su nombre atraerá, como un toque de luz, los ojos del viandante bajo la curva del Arco Triunfal, y que la semilla de la nueva era, por él esparcida en incansable propaganda, reverdeció, al soplo germinador de sus discípulos, no sólo en el suelo nativo, sino en todos los campos americanos: al Norte, con Nariño, en la ascensión de Tacines y el paso del Juanambú; al Sur, con O'Higgins, en la rota de Rancagua y los trofeos de Chacabuco.

Memorable cual ninguna ha tenido que ser la apoteosis para señorear la conciencia de las generaciones posteriores con mayor fuerza que el grito del combate y que el sollozo del martirio; mas es lo cierto que ningún pueblo la tuvo de tan embriagadora intensidad. Cuando el Libertador, con el casco de su corcel de guerra, ponía fin al sueño de muerte en que yacían Santafé y Caracas, Pasto y Quito, la antigua Cuzco y Lima voluptuosa, y hacía estallar con su mirada magnética el entusiasmo de las multitudes, que se prolonga a través de los siglos en aclamación interminable; cuando Páez funde con el oro de las espadas rotas, que dejan en la llanura de Carabobo los divisionarios de Latorre, sus charreteras de General en Jefe; y cuando Sucre, al finalizar el paso de armas de Ayacucho, recibe con magnánimo gesto la tizona del último Virrey del Perú, fijaste en la historia de la humanidad, Venezuela, un alto relieve que tiene el vigor de movimiento y la idealidad de inspiración que anhelaron para sus creaciones los hijos de Helena.

Imperioso al par que halagador es el deber de recordar ahora, oh Venezuela, que sí Colombia—que recogió con ademán piadoso y enaltecedor el nombre que Miranda y Bolívar soñaron para una nacionalidad inmensa, ceñida por las redes de plata del Orinoco, el Magdalena y el Amazonas,—se ufana hoy y siempre en reconocer cuánto debe al Libertador y a Sucre, a Urdaneta el brillante y a Anzoátegui el impetuoso, al discreto Soublette y al gallardo Manrique, a Rondón y a Montilla, a Salom y a Valdés, para no citar sino las cumbres entre aquellos cuyas cunas predestinó la caricia de tu sol abrasador, reivindica la verdad de que por boca de esos mismos escultores de tu nacionalidad, reconocido está cuán potente fue el empuje granadino en la común empresa y qué decisiva actuación aportó en el florecimiento de ella la tierra de Santander y de Nariño. ¿Cómo no ufanarnos de que el Padre de la Patria, en sentencias que tienen la resonancia de los clarines épicos, proclamó, en el Congreso de Angastura, la constancia sin ejemplo de la nueva Granada; y saludó en el Hombre de las Leyes al organizador de la Victoria, al prócer esclarecido, digno por su nacimiento, valor, virtudes y talentos de ser el primer jefe de la Nación granadina, el alma del Ejército que detuvo la invasión española en

Casarare, el atleta que forzó las Termópilas de Paya, el primero en derramar su sangre en Gámeza, y el primero también en prodigar su vida en Vargas y Boyacá? ¿Cómo olvidar que el mismo Bolívar vertió lágrimas sobre el cuerpo destrozado de Girardot, y condujo su gran corazón hasta Caracas en cortejo que hubiese ambicionado, para la hora en que la eutanasia llegara a rendirlo sobre su escudo, el más armonioso de los griegos; que enalteció la hazaña de Ricaurte; inclinó la cabeza volcánica ante la romana gravedad de Camilo Torres, maestro de la emancipación y profeta que en la adversidad le señaló la cima adonde era preciso llegar; y dijo a Nariño, en medio de los azares de la conquista de la Capitanía en 1813, qué estimulante licor para el ánimo heroico era la sangre que vertían en los encuentros, cuerpo a cuerpo con los lanceros de la Península, esos granadinos cuyas risas infantiles habían llenado poco antes nuestros claustros del Rosario y San Bartolomé, y se llamaban D'Elhuyart y Vélez, Maza y Ortega, Mantilla y Fortoul, Parisés y Ricaurtes? ¿Cómo no evocar la figura de nuestro Precursor, que a tiempo de emprender la campaña del Sur, se desprende de sus más prometedores Oficiales para enviarlos a esa odisea que empieza en Cúcuta y termina en Aragua, y a quien el León de Apure, sintiendo latir su pecho con generoso entusiasmo, llama héroe verdadero; la de Zea, cuya elocuencia cubrió con manto de púrpura el advenimiento de Colombia, y enseñó, en cláusulas que no han demorir, cuán granítico es el pedestal en que se destaca su creador; la de Córdoba, que recibe de manos del rayo de la guerra la áurea corona que el Reino de Atahualpa destina al vencedor en Ayacucho; la de Padilla, el vencido de Trafalgar, el forzador de Maracaibo; y las figuras de los ajusticiados en la reconquista, que sublimizaron la causa de los *insurgentes* con el prestigio del sacrificio; y de los que, finalmente, olvidados unos, ilustres otros, forman la legión sagrada de Libertadores de Quito y de Cundinamarca, de Venezuela y del Perú?

Este mármol, que en su blancura simboliza la sinceridad y en su rudeza lo indestructible del sentimiento que lo erige, y en cuya inscripción el Gobierno Nacional, que haña en mí oscuro intérprete, ha querido, en síntesis feliz, señalar el más poderoso de los vínculos que une a las dos Repúblicas, no podría levantarse en lugar más propicio que en el muro de esta mansión, consagrada por la voluntad nacional como santuario de sus más caras tradiciones. Aquí, donde el Libertador reposó, amó, triunfó, lloró, agonizó. En esta Quinta, en que los montes, cuya sombra tamiza el fulgor de la bóveda celeste, traerían a su espíritu añoranzas del paisaje natal, del Calvario florido, de la empinada Silla, y en que el agua rumorosa que serpea entre los jardines, acaso pondría en su fatigada imaginación la nostalgia del Guaire con sus corrientes alborotadas. En este retiro, donde libó el nepente en la copa del triunfador, y llegó también a dudar de su obra y a compararse a sí mismo con el operario inhábil que puso la simiente en las espumas del mar y levantó su tienda sobre las arenas del desierto. En este oasis risueño, donde el ver-



de de los laureles hizo aparecer más rojos los mirtos del amor, y en el cual, al contemplar en la infinita melancolía de la Sabana el ocaso del sol, pensó seguramente en la hora de la desesperanza que, al desaparecer la Gran Colombia, su gloria se hundiría en las nebruras del olvido, como el astro tras las colinas lejanas, sin presentir que la fama, como la voz del caudillo elegido en la bíblica jornada, detendría en el cenit su figura, purificada ya de toda escoria, para indicar el rumbo del porvenir a veinte naciones, que aspiran a ser potentes a la medida de su esfuerzo, y que son libres como lo fue el ensueño luminoso de su mente.

### ELOGIO

DE DON JOSÉ MANUEL RESTREPO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA. POR EL DOCTOR EDUARDO ZULETA

Señores académicos:

Sorpresa grande fue para mí, por lo inesperada e inmerecida, la nota en que esta docta corporación me comunica que me ha elegido para llevar la palabra en elogio del historiador Restrepo en esta sesión solemne.

Aficionado apenas a estudios históricos, y elevado a la Presidencia de la Academia de Historia de Medellín, por benevolencia de mis colegas, he creído de mi deber aceptar con el debido agradecimiento la designación que ha tenido a bien hacerme la Academia Nacional de Historia, por el vivo entusiasmo que en mi espíritu han producido la vida y las obras de don José Manuel Restrepo.

La primera vez que leí la *Historia de Colombia*, por don José Manuel, me quedé pasmado. Me quitó muchas ilusiones. Mi corazón de adolescente sufrió entonces, como sufre este pobre corazón humano con el primer desengaño.

Volví a leerla después de lecturas asiduas de historias de otros pueblos. He vuelto a quedar pasmado, pero pasmado de admiración por don José Manuel Restrepo. El me ha explicado todo lo que pasa y todo lo que ha pasado aquí. Es un libro de maravillosas enseñanzas, que rectifica el criterio del patriota ingenuo o de comparsa. No comprendo cómo este verdadero prócer pudo alcanzar tanta imparcialidad en ese tiempo sobre hombres que fueron sus amigos y compañeros. Es una labor admirable en donde se revela un espíritu superior y humanamente justo.

Toda esa obra está respaldada con documentos auténticos, y más de una vez lo probó así el historiador. Y si tuviera un estilo más atractivo y hubiera penetrado más con el escarpelo de la crítica, se hubiera adelantado muchos años al mismo Hipólito Taine. ¿Cómo pudo aquel hombre en la época en que vivió y en medio de ocupaciones que embar-

gaban la mayor parte de su tiempo disponible—revolucionario, Ministro, Diputado,—recoger aquel número de datos dispersos, compararlos y seleccionarlos? ¿Cómo pudo alcanzar esa serenidad, esa sobriedad de concepto, en aquel período de hipérbolos y de luchas surgidas entre los mismos caudillos que sin envainar la espada todavía se disputaban ya el mando de la República?

Me figuro el dolor, la tristeza infinita con que aquel anciano venerable, patriota auténtico de ejemplar rectitud, escribió las últimas líneas de su obra. Una nueva guerra civil comenzaba después, en la que los próceres vencedores iban a fusilar a los próceres vencidos.

Restrepo ha dejado la base de la futura, de la explicativa historia que enseñe a los que vengan después de nosotros, la verdadera causa de las convulsiones políticas que impidieron el progreso y la sabia Administración Pública, cuando acumulados los datos, inéditos aún, y lejos ya de la pasión y del odio o del entusiasmo primitivo del sectario, surja el historiador que estudiando como un naturalista el alma de los próceres dirigentes, no se turbe en su estudio, «ni con las fórmulas que los consagren, ni con las pompas que los rodeen.»

Pero, ¿en dónde nació y en dónde se educó este hombre singular, que en medio de las tempestades políticas más intensas de nuestra vida nacional, quedó viviendo en la Historia como astro sin eclipse y alumbrando con su ejemplo a las generaciones que lo han seguido después de su muerte?

Hay en el territorio colombiano un pedazo de tierra abrupta, casi intransitable, con riscos y cascadas que de éstos se desprenden como blancas cintas irisadas por un sol tropical. Los altos peñascos, las cimas inaccesibles, las hondonadas pavorosas, los estrechos valles en donde las colinas se apartan inconformes por no dejar de vivir en apretado abrazo; la selva oscura y gigante, matizada a trechos por copos florecidos de guayacanes frondosos; la fauna todavía no descrita, y sospechada apenas por el rastro de las fieras en el húmedo suelo; por el sinnúmero de serpientes que se arrastran; por los pájaros que cantan en los árboles; por los insectos que inoculan venenos de actividad tremenda. A esa tierra llegaron un día los célebres conquistadores que buscaban el oro de los indígenas, que mezclaron su sangre con quimbayas y peques; y luego llegaron los negros, los trasplantados, los pobres esclavos arrebatados de su patria, en donde daban el aceite los árboles y las frutas la carne de que vivían. Vinieron todos a trabajar las minas de oro apenas desfloradas en las pequeñas mesetas de la cordillera, con la dura macana que el indio manejaba. Vinieron los colonos de las Provincias vascongadas en su mayor número; de Asturias y Galicia los otros, y de Andalucía los menos. Los vascongados encontraron en esta nueva tierra algo muy



semejante a la patria que dejaban atrás en su aspecto geográfico, y dieron el sello a las costumbres que habían de perdurar a través de los siglos.

El castellano o el vivo y retozón andaluz, que por equívocación llegaba allí, o se amoldaba a los usos corrientes, o regresaba a lugares de naturaleza más alegre y hospitalaria. La lucha con los elementos era terrible. El medio abrumaba al holgazán; y el frío de los páramos, y el calor de las cuencas por donde pasan los ríos caudalosos, y la esterilidad del suelo, y el subir y bajar a pie por la inclemente cordillera, y la sobriedad y la oración, cuando el crepúsculo iba bajando de lo alto de los cielos, y el esfuerzo diario y tenaz, y el sol, que tostaba los rostros y tonificaba los músculos, todo eso fue formando un pueblo fuerte, serio, adusto, rígido y piadoso: el pueblo antioqueño. De los andaluces dispersos que allí quedaron le viene a muchos el uso de la hipérbole, de esa hipérbole llevada hasta decir que los perros del señor X son tan bravos que hay que ponerles el nombre cuando están dormidos; del vasco el amor a la libertad y el individualismo.

Quienquiera que haya viajado por las Provincias vascogadas habrá hecho la observación de cómo allí todos tienen su casa y su cortijo, su vaca y su huerta; y cómo hablan del árbol de Guernica como de una tradición sagrada; cómo en los testamentos no faltan las cláusulas del consejo a los hijos y de los legados para la caridad y el culto, y cómo se encogen de hombros como el antioqueño ante una pregunta que no pueden o no quieren contestar. La afición a la política de cierta región de Antioquia viene de origen gallego, y su lenguaje mismo se caracteriza por aquel cambio de las terminaciones en o por u. El asturiano y el vasco tienen muchas semejanzas; ambos enérgicos, mineros, cristianos a macho-martillo y hombres sin disimulos y ajenos a toda clase de eufemismos y frases opacas. El asturiano es robusto, indómito y regionalista como el vasco, y habla de la sangrienta y espantosa batalla del Monte Medulio y del gran Pelayo, con orgullo de raza.

Hay en el hermoso aunque angosto valle de Medellín un lugar en que las colinas se apartan. Ahí se encuentran Envigado, en donde Vélez de Ribero cultivó la caña de azúcar, y la histórica *Sabaneta* de los Restrepos, lugares famosos en los anales de Antioquia, por los hombres notables que de allí salieron. Rincón de verdura perenne, regado por aguas como las de la Yurá misteriosa y fecunda y de cerros coronados por altos y robustos robles. Aún se encuentran allí vástagos de los antiguos colonos, de pie descalzo, de color blanco y de carácter franco, inclinados sobre la madre tierra en busca del honrado sustento. Allí nació don José Manuel Restrepo en época de pocas letras y de rudo trabajo. En su hogar paterno de hidalgos y nobles co-

lonos aprendió lo que significa el esfuerzo propio, la sencillez de las costumbres, el amor a Dios y a la verdad. Era la edad apacible de los Tenientes del Rey y de los Alcaldes Ordinarios, de los ricos mineros y de los agricultores primitivos. Era como el recuerdo de aquella Asturias en la que sus antepasados supieron lo que era «caminar en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarse en los arroyos cristalinos y hollar con los pies una alfombra siempre verde.»

Esos vascos y asturianos de Antioquia, mezclados y propagados en familias numerosas, vivían al parecer felices, sin más luces que las de una tradición lejana y sin más esparcimientos que los de la jura de un nuevo rey o las fiestas religiosas; sólo los enriquecidos, que eran pocos, apenas sí se divertían en las primeras horas de la noche, ya rezado el rosario, en jugar a la ropilla o en bailes de sencillez decorosa, en los que la mejor combinación de pasos y figuras era la contradanza española. Ni dejaban de solazarse los esclavos en los pueblos mineros, en donde trabajaban a la par con sus amos, que siempre los trataron bien y con quienes siguieron viviendo después de la libertad, por la que abogaron desde los primeros años de la independencia, don José Félix y don José Manuel. En las tierras calientes y mineras, ellos cantaban los aires melancólicos y de infinita tristeza al són de la gaita; bailaban la cumbia, ese baile sensual y primitivo, y del que el tango argentino no es sino una pequeña variante de más complicado ritmo.

Aquellas mujeres, limpias y sanas de la Colonia, de movimientos sueltos, de vientres fecundos, sin ligas ni ataduras incómodas, oxigenadas por la montaña y aludiendo siempre a que eran hijas del español Romero o nietas del Capitán Juan de Toro, eran santas mujeres honestas y piadosas que adoctrinaban los hijos para la diaria labor y para la fe, al mismo tiempo que ayudaban a los maridos a acrecentar y a conservar la hacienda habida a costa de sacrificios ingentes.

Incómunicaos los antioqueños con el resto de la Nación, vivían como apretados en fraternal abrazo a la tierra y a la casa solariega.

De aquí el lenguaje seco, casi monosilábico y dogmático, la interjección repetida y el áspero acento del montañés de entonces, que sólo al cabo de muchos años comenzó a suavizar la lira de Gutiérrez González. Por eso el estilo de don José Manuel carece de las galas de la imaginación, y queda severo y frío como los escarpados riscos por donde pasan las águilas en vuelo silencioso y sereno.

Y de ese medio vino a la capital don José Manuel Restrepo a estudiar latinidad, filosofía y derecho; y aquí, entre costumbres distintas a las de su Provincia, no cambió le carácter heredado y aprendido. Acabados los estudios



volvió a su tierra como había salido de ella. Allá comenzó su vida de revolucionario; allá escribió su estudio sobre la Provincia; allá comenzó a escribir la *Historia de la Revolución*; allá fue el Secretario y consejero de don Juan del Corral, y allá gobernó en épocas difíciles con serenidad y acierto, y de allá fue enviado a los primeros Congresos de la República. Cuando los hombres del Gobierno, cuando los dirigentes de la política lo conocieron de cerca, le dieron los Ministerios importantes y le hicieron toda clase de distinciones. Cuando en su *Historia* habla de Bolívar o de Santander, sus Jefes y amigos, parece como si estuviera rindiendo una declaración jurada ante el público. Su paso por los Ministerios dejó el recuerdo de la laboriosidad incansable y de la honradez, y en su vida privada hay memoria todavía de su austeridad y de su espíritu piadoso. Era un hombre de aptitudes múltiples. Hombre de gobierno, historiador insigne, naturalista y geógrafo. La agricultura le debe un servicio inmenso, y es raro que haya sido don José Manuel quien introdujera a Colombia el pasto de pará, y que sean dos antioqueños también, Juan María Gómez y Rafael Uribe Uribe, los introductores al país de la guinea el uno y del capin gordura el otro.

Y perdonad este rasgo de regionalismo. Me viene de la sangre y de la convicción, porque lo heredo del vasco y porque creo que todo regionalismo sano, de amor a la patria chica y de acatamiento y respeto a tradiciones de antepasados, es noble y sirve de estímulo para el progresivo desarrollo y cultura de la región. ¡Regionalismo estrecho, disgregador de los méritos de otras Provincias, nó! Eso es de gente ensimismada y pequeña, y mal puede existir en los que tienen inscritos en el libro de la patria grande los nombres de Francisco Antonio Zea, Félix de Restrepo, Juan del Corral, Liborio Mejía, Girardot, Córdoba, Aranzazu y Alejandro Vélez, José M. Salazar, Juan María Gómez y José Manuel Restrepo.

Las Provincias de Colombia tienen todas un sello propio y apreciable: en unas la cultura y la gracia, en otras el valor, en aquéllas la seriedad y el trabajo, en éstas el talento, en todas el patriotismo y la hospitalidad. Notas distintas, graves unas, agudas otras, pero todas forman el conjunto armonioso que es la patria grande. Explicaos así porqué el Cauca dio un Camilo Torres y un Caldas; Cundinamarca un Nariño; Bolívar un Torices, un Fernández Madrid; Santander un García Rovira y al Vicepresidente que organizó la victoria; el Magdalena a Padilla; Boyacá a José Ignacio Márquez; el Tolima a Caicedo Flórez, y Antioquia al historiador Restrepo.

Cuandoquiera que un hijo de provincia salva los lindes de la tierra por el empuje de su inteligencia y por la fuerza

cia continental e irrevocable. El mismo decía, ante el Congreso de Angostura, con su extremo lenguaje:

«En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario, que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal.»

Después de Boyacá, Bolívar fue el Libertador, el irremplazable, el único; todos los caudillos de la revolución, desde el perfecto caballero y hombre de guerra que fue Sucre, hasta el centauro del Apure, hermano de los huracanes, le rindieron parias y obedecieron sus órdenes. El genio necesita su hora de transfiguración, para reconocerse a sí mismo, en la plenitud de su misión, y para que los demás hombres, deslumbrados y atónitos, reconozcan también en la frente que resplandece con fulgor extraño, el signo de elección.

Boyacá, en la carrera de Bolívar, tiene algo de la fresca gloria juvenil que en la de Bonaparte ofrece Austerlitz. A la edad en que la mayor parte de los hombres ilustres empiezan a cortejar la gloria, esos dos genios de la guerra habían llegado a la cumbre de la inmortalidad. Naturalezas volcánicas, asombraron al mundo con una erupción de grandeza, para entrar pronto en el eterno reposo. Así como hay épocas en que el género humano parece fatigado de producir seres superiores y sólo engendra medianías más o menos ostentosas, así hay momentos en que se dijera que viene de regiones misteriosas un polen sobrehumano, que fecunda la tierra y la hace producir generaciones de colosos. Tal aconteció en Francia, en la época napoleónica; tal en la América del Sur, en la guerra de Independencia. Entre esos seres hay algunos a quienes el cielo destina para soles de sus sistemas planetarios: son aquellos a quienes Carlyle apellida exclusivamente «los héroes»; son los «hombres representativos.» de Emerson; los que, según este original pensador, tienen «sobre-alma»; los que ejecutan acciones que los simples mortales consideran como superiores a las fuerzas naturales del hombre; como manifestaciones de un desequilibrio que unas veces engendra el genio y otras la locura. Es que en lo sublime hay algo inabarcable, que nos subyuga y al propio tiempo nos hace sentir nuestra pequeñez.

Los genios no son extraños a la especie humana; sus actos no exceden a la capacidad de nuestra naturaleza; son ejemplares grandes, magníficos y hermosos de la prole de Adán. Su inteligencia y su voluntad tienen una potencia inicial tan grande que los habilita para realizar empresas que no puede concebir el vulgo. El genio no introduce una desarmonía en la naturaleza; realiza, por el contrario, una armonía superior, que no lo desliga de las obligaciones que



a todo hombre, como sér moral, le corresponden. Quédese para la mediocridad el juzgarlo como un caso clínico o el desconocerlo, con íntimo escozor de invidia; el que sea capaz de abrigar el noble sentimiento de la admiración, haga como el gran poeta italiano en presencia del destino de Bonaparte; esto es, incline la cabeza ante el Hacedor Supremo, que quiso estampar en la arcilla humana huella tan honda de su espíritu creador.

Si comparamos a Boyacá con hechos de armas ocurridos en guerras análogas, como la batalla de Lexington, que tanto influyó en la independencia de los Estados Unidos, apreciaremos mejor la significación de aquélla, como resultado final de una concepción estratégica genialmente desarrollada; y notaremos la diferencia entre el militar afortunado que gana una acción por obra de su bravura o de las circunstancias que fueron favorables a sus tropas, y el verdadero hombre de guerra, que maneja sus ejércitos como un jugador sus piezas sobre las tablas, y mueve a las naciones como aquél sus minúsculas figuras de marfil. En el vasto campo de las guerras de emancipación, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego, sólo hubo dos hombres que tuvieron este escenario de naciones: Bolívar y San Martín. Por eso la posteridad no los contempla encerrados en el reducido espacio de una provincia, ni en el más grande de una antigua colonia; sino en la cumbre de los Andes, digno pedestal de sus glorias.

Pero San Martín, con toda su grandeza, no tiene la fascinación irresistible de Bolívar: es el militar de profesión, el hombre del cálculo y la disciplina, severo, impasible, sin que nada, ni en sus palabras ni en sus gestos, deje transpirar el fuego interior, oculto bajo la nieve; algo como lo que, cincuenta años más tarde, fue en las guerras de Europa el Mariscal Von Moltke. Bolívar, como Bonaparte, son héroes de epopeya; son insignes artistas de la acción; como Miguel Angelo Shakespeare lo fueron del mármol o de la palabra; los rodea una auréola de poesía, como a los paladines de la Edad Media. Napoleón se hombra con Carlomagno, y su sencillez gabán gris compite con el manto de púrpura y armiño del colosal anciano de la barba florida. Bolívar, no sólo se enlaza con Hernán Cortés y con Vasco Núñez de Balboa, sino que se hermana con el Cid, «el que en buena hora nació,» el que encarnó para los castellanos de la Edad Media la idea de la independencia, el justo anhelo de despedir de sí el yugo extranjero.

San Martín se destaca en un ambiente sereno, plenamente histórico, en que se dibujan los severos lineamientos de la figura, con majestad augusta, pero puramente humana. Bolívar aparece siempre envuelto en atmósfera de tempestad, conducido en carro fulmíneo, asombrando al mun-

do con los resplandores de su espada y con los rayos de su elocuencia. Tiene la inspiración de un vidente; contempla a la América como Ezequiel el campo de áridas osamentas, sobre el cual sopla para hacer surgir generaciones de bravos. Cuando habla, en las grandes ocasiones, su voz tiene, a trechos, retumbo de truenos. Y si es sublime en la apoteosis, es quizá más bello cuando la tristeza lo toca con su dedo misterioso y aparece el hombre bajo la envoltura del semi-diós. Entonces tiene la majestad solitaria y melancólica del Océano en días otoñales, del firmamento cuando lo abandona el sol y no lo alegran todavía las estrellas. El que en su célebre carta de Kingston tuvo, desde 1815, adivinaciones tan admirables; el que en su discurso al Congreso de Angostura expuso tan altas ideas de gobierno, debe figurar entre los grandes pensadores de América; y el que eternizó su Tabor y su Calvario en dos páginas excelsas: el delirio sobre el Chimborazo y la despedida a los colombianos, dictada en su lecho de muerte, ocupa un lugar insigne entre los escritores del Continente. La exuberante retórica de su tiempo, que manejada por manos de otra temple hubiera producido efectos chillones, apenas basta, a la expresión de sus desmesuradas concepciones y fulgurantes imágenes. Uno de los talentos más penetrantes de Colombia, el doctor Rafael Núñez, opinaba que la correspondencia de Bolívar era el libro más importante de la América del Sur.

La actual generación acaba de presenciar con asombro una guerra que por sus dimensiones sobrepuja a cuanto había contemplado el mundo y en que han intervenido ejércitos que por su magnitud sacan verdaderas las cifras que nos parecían fantásticas de las tropas de Jerjes. Ante esta conflagración monstruosa, los ejércitos de hace un siglo, aun el que llevó Napoleón a Rusia, parecen pequeños contingentes, y las batallas más mortíferas son encuentros benignos comparados con los desastres ocasionados en uno de los innumerables asaltos de trincheras ocurridos en el frente occidental. Y sin embargo, en esas acciones de antaño se solía decidir la suerte de naciones y de imperios y se manifestaba, en todo su esplendor, el genio de un Federico, de un Bonaparte, de un Wellington, de un Bolívar; y en cambio, en los formidables contactos de las enormes masas de ahora, en que el cañoneo hacía temblar literalmente la tierra, el resultado de semanas de lucha encarnizada apenas podía marcarse por una imperceptible flexión de la línea de combate; y las condiciones mismas de la lucha patentizaban más el poder de la organización colectiva que la acción de un hombre solo, de cuya mente dependiese el resultado inmediato y definitivo. A Boyacá pueden aplicarse estos conceptos que consigna sobre la acción de Valmy el docto historiador de las guerras de la revolución, Arthur Chuquet:



«Esta acción, en que hubo tan escasa mortandad, no fue propiamente hablando, y si sólo se atiende al número de bajas, una batalla, sino un combate. Pero tuvo mayores resultados que esas acciones sangrientas, que no son sino una inútil carnicería y que no hacen época en la existencia de una nación.»

Y así como hay batallas, famosas en su tiempo, pero luego olvidadas de la fama y aun de la memoria de los hombres, así hay otras destinadas a crecer en la admiración de los pueblos y ante el juicio de la historia, a medida que se engrandece la nación cuyos destinos decidieron. Boyacá y otras batallas americanas adquirirán toda su significación en esta centuria, en que las Repúblicas del Nuevo Continente, tan combatidas en el siglo anterior, ocuparán su puesto entre las naciones prósperas del mundo. Entonces los historiadores europeos las contarán entre las batallas decisivas de la libertad.

Boyacá es estrella de primera magnitud en la carrera militar de Bolívar; pero es también gloria insigne de la Nueva Granada, de la nación que después del trágico derrumbamiento de Colombia, guardó este nombre para sí, en honra de Colón y en recuerdo de Bolívar. Este, en su citada carta de Kingston, había escrito:

«La Nueva Granada es, por decirlo así, el corazón de la América.»

A ese corazón llamó en ocasiones solemnes; y obtuvo siempre una respuesta desinteresada, generosa, magnánima. No fue casual el hecho de que la campaña se desarrollara en territorio granadino; el terreno estaba preparado, listas las poblaciones a acoger la expedición libertadora y pronto el contingente organizado por el más insigne de los Tenientes granadinos de Bolívar, por el mismo que, según el parte oficial, decidió la batalla; por aquel a quien apellidó el Libertador Hombre de las Leyes, y merece también el calificativo que se dio al gran Carnot de organizador de la victoria.

Antonio Nariño fue el prócer genuino y exclusivamente granadino, representativo de las cualidades y también de los defectos de este pueblo; precursor de la independencia y varón de tan grandes facultades que si hubiera vivido bajo estrella más benigna, habría sido quizás el libertador de su país. Pero paralizada su acción en los años más fecundos de la lucha, correspondió ocupar el primer puesto entre los granadinos a Santander, que era, no solamente un valeroso General, sino uno de los militares más cultivados de América y cuyo férreo carácter era capaz de modelar la República con la informe masa de seculares hábitos y nuevos y tumultuosos impulsos. La suerte le concedió lo que negó a Nariño: un período feliz para desarrollar sus vastas

capacidades de organizador, y de hombre de Estado, gobernando a una nación libre e independiente. El produjo en extranjeros ilustres la impresión de un hombre superior, nacido para el mando; y que encabezaba una nación culta, más dispuesta desde sus comienzos al Gobierno civil y legalista que al establecimiento de un poder militar que, pasados los tiempos heroicos, va degenerando en el predominio de un sable más o menos ilustre o un machete más o menos criminal.

En Boyacá dejaron también huella imperecedera los hijos de una gran potencia que en Europa había sido aliada de España contra Napoleón y en América simpatizó con las colonias en su lucha contra España. En Inglaterra el nombre de Bolívar despertaba admiración. Byron, en el *Child Harold*, exclamaba:

«¿No hallará jamás la libertad un campeón y un hijo semejante a aquel que Colombia vio aparecer cuando nació también ella, como Palas, armada y virginalmente bella?»

El gran poeta dio a su barco de recreo el nombre de Bolívar; y abrigó el deseo de venir a combatir al lado de éste por la libertad de América.

En el grupo británico figuraban héroes como Rook, cuya actitud, en su dolorosa muerte, merecería consagrarse en el bronce; y hombres de la talla de O'Leary, que después de haber sido fiel amigo del Libertador en vida, le consagró el más hermoso monumento en la incomparable colección de sus *Memorias*. Algunos de esos bravos se enlazaron con familias colombianas, y han dejado honrosa descendencia, ilustremente representada en Bogotá por la venerable hija de O'Leary, gran señora que guarda bajo la nieve de los años todo el fuego y la gentileza de la juventud, y a quien la Patria debe ofrecer una corona, enlazada con el iris de Colombia, en memoria de su egregio progenitor y en homenaje a lo que ella representa, como ornato de la sociedad y reliquia de épocas de gloria.

¿Y cómo no recordar a quien también figuró en primera línea en Boyacá, no del lado de la causa independiente, sino antes bien, combatiéndola con denuedo; pero honrando al contendor con su bravura, por aquello que dijo Er-cilla:

«Pues no es el vencedor más estimado—De aquello en que el vencido es reputado?»

Recordemos a España, no para maldecirla, como lo hicieron nuestros padres cuando sintieron en sus carnes el hierro del pacificador, sino para observar que en Boyacá vio hundirse su poderío; pero vio desaparecer también la única causa justa del rencor americano. Recordemos a España, para maldecir de consuno con ella el destino aciago que le dio como corona de su heroica resistencia contra Na-



poleón, el largo reinado del hipócrita y cruel Fernando VII, uno de los más odiosos tiranuelos de la historia. Recordemos para aplacar un tanto las indignadas sombras de nuestros mártires, que la sangre más ilustre, después de correr en América, se derramó también en España; y que si Camilo Torres fue fusilado por la espalda, Riego fue arrastrado en un serón por las calles y llevado a innoble suplicio; y que si Nariño gimió en las cárceles de Cádiz, Martínez de la Rosa estuvo recluso en el Peñón de la Gomera, y otros españoles ilustres también gimieron en los presidios de Africa.

Hoy cuando contemplamos esa época luctuosa al través de un siglo y la recordamos tan sólo como una lección que comprueba cuán inútil es la fuerza contra la lógica de los hechos y cuán estéril la represión violenta contra las legítimas aspiraciones de los pueblos, invocamos a España como a la madre común y anhelamos por la formación de una liga espiritual de todos los Estados de nuestra estirpe para que proclamen, en nuestra hermosa lengua y con voz que oigan todas las naciones, que la raza española no ha muerto y que hoy más que nunca está resuelta a cumplir con los grandes deberes que le señalan la naturaleza y la historia.

Tributemos a los próceres el homenaje que les debe nuestro reconocimiento, no en forma de culto idolátrico, que no debe rendirse a ninguna criatura, pero sí con el respeto debido a memorias que nos son sagradas. Escritores entusiastas han descrito las guerras de independencia como las luchas entre ángeles y demonios que pinta Milton en su *Paraiso Perdido*; eso es lirismo épico, pero no es la historia. Mas no por ello queramos reducir a los héroes a la mezquina proporción de nuestra prosaica existencia. El análisis espectral ha demostrado que los astros que alumbran nuestras noches tienen los mismos elementos constitutivos que nuestro oscuro globo: esto no obsta para que sigamos contemplando con arrobos la espléndida fulguración de Sirio, y nos sintamos embargados de religiosa admiración al ver desenvolverse en el empíreo la magnificencia de la Osa Mayor o al divisar la simbólica Cruz que preside al hemisferio austral. Sabemos que nuestros próceres fueron de nuestra propia naturaleza; conocemos sus flaquezas, sus caídas, sus errores: de ellos debe hacer cuenta la historia. Pero contémoslos en las alturas de nuestro patrio suelo; dejémoslos gozar de su gloria, en su inaccesible asilo; y no queramos que descendan de allí para tomar parte en nuestras luchas de ahora, para manchar sus frentes con el polvo que levantamos al golpear la tierra con nuestros tardos pies. Por mucha que sea nuestra vanidad, no podemos negar que somos enanos al lado de la generación que produjo a Bolívar y a Santander, a Caldas y a Zea, a Bello y a Olmedo. Y como en un siglo cambia mucho el ambiente intelectual en

que se mueven los hombres, y se modifican las ideas y los sentimientos, si ellos levantaran la cabeza, quizá no pudieran explicarse el papel que muchas veces se quiere hacerles representar en nuestras efímeras contiendas. Tiene algo de sacrílego el querer hacer con nuestros grandes personajes lo que hacían los dioses de la antigüedad, según las viejas epopeyas, cuando fingían la apariencia de un guerrero famoso para lanzarlo a la pelea y engañar al enemigo con un simulacro que apenas estaba compuesto de aire y de nieblas.

Honremos a nuestros padres dedicando la nueva centuria a trabajar en la paz por el engrandecimiento de Colombia, para que la Nación que hace un siglo se presentó adornada con los arreos de Palas, pueda simbolizarse ahora por la madre Cibeles, que avanza majestuosa en su carro tirado por leones, coronada de torres la cabeza y esparciendo en torno la prosperidad y la abundancia.

El momento es propicio. Cuando hace tres noches, al sonar la primera hora de la fecha centenaria, estalló en plazas y calles el himno nacional entonado por millares de voces y se elevó al aire la onda armoniosa envolviendo en sus círculos concéntricos los varios e intensos sentimientos que palpitan en una colectividad en momentos de jubilosa exaltación, me pareció que se abría a los acordes de un canto triunfal, una nueva y gloriosa era para la Patria, de esplendoroso progreso y de pacífica bienandanza; sentí el estallar de juveniles energías en el pueblo, que tan bellamente demostraba su patriótico regocijo; mis ojos se humedecieron, no como otras veces, de tediosa incertidumbre, sino de placentera emoción, y me imaginé que un eco respondía de las alturas a la tromba sonora que surgía de la tierra; eran los padres de la Patria que contestaban desde el cielo el saludo de sus hijos los libres ciudadanos de Colombia.

## PALABRAS

DE LUIS AUGUSTO CUERVO ANTE EL CABILDO DE LA CIUDAD DE  
TUNJA, EN NOMBRE DE LA MUNICIPALIDAD DE BOGOTÁ Y DE  
LAS ACADEMIAS DE HISTORIA DE COLOMBIA Y VENEZUELA

Señor Gobernador del Departamento, honorables Concejales:

Hace pocos días una Comisión del Ayuntamiento de Bogotá tuvo el honor de presentaros un saludo cordial y patriótico, uniéndose de corazón a vosotros en las festividades con que el país entero celebra el primer centenario de su independencia, nacida en los aledaños del Municipio que

Batalla de Boyacá--4



dignamente representáis. Hoy tornan a vuestra ciudad nuevos delegados del pueblo bogotano a traer os esculpido en bronce un recuerdo de amistad y un homenaje de gratitud.

En la fecha inmortal que hemos conmemorado, corresponden a Tunja muchos de los laureles que la Nación ofrenda a los manes de los libertadores. Las campanas de sus torres rompieron los aires al saludar las huestes republicanas que llegaban vencedoras de Pantano de Vargas, y manos de mujer ofrendaron flores a los que envueltos en harapos gloriosos se lanzaban tras la libertad y la victoria. Llegaron ellos, hambreados, casi desnudos, con solo una lanza entre las manos y ante sus ojos el iris de Colombia, que ondearía envuelto en bruma sobre las márgenes del río Teatinos. Atrás habían quedado, en las cimas más altas de los Andes, los huesos del compañero que sólo supo de las penalidades de la empresa, pero no de sus gajes y compensaciones; y más lejos aún, en la medrosa soledad de las llanuras orientales, quedaron los más puros afectos y las más dulces ilusiones, los consejos del padre y la oración de la anciana que bendice al hijo, el llanto de la esposa, risas infantiles, pañuelos blancos que ondean al viento . . . .

Fue el paso de los Andes acción digna de ser cantada por Homero. Bajo el calor sofocante de la planicie sin límites, en medio a la miseria de un caserío llanero, los soldados de Bolívar resolvieron transmontar la cordillera para caer en tierras granadinas. Al bochorno de la estepa, a los torrentes formidables y bravíos, suceden los picachos envueltos en neblina y las alturas eternamente frías. La ventisca azota la espalda desnuda del llanero, y la nieve cubre los cuerpos sin vida de los que se van quedando.

Un día, cuando ya principiaban a flaquear los brazos mas no los corazones, dominaron la cumbre los libertadores y cayeron en carrera de centauros sobre las tierras inmortales. Llegaron a Tunja.

.....la antigua y noble villa,  
Patria del Zaque y tumba de Rondón,  
Con su aire puro y su brillante cielo,  
Sus altas torres que ilumina el sol.

Aquí encontraron los héroes nuevo aliento y nuevas esperanzas. Su constancia se avivó al recuerdo de Joaquín Camacho, que había muerto en defensa de los mismos ideales que ahora principiaban a realizarse, y su entusiasmo se fortaleció al impulso generoso de este pueblo, patriota siempre, listo a sacrificar su sangre en aras de la Patria.

¡Tunja! La ciudad de emocionantes reminiscencias españolas y de grandes recuerdos en la época de la República, guarda perenne para sus hijos una auréola de gloria y un fresco gajo de laurel para los que triunfaron en la épica jornada. En su ambiente se respira aún la sabiduría que ins-

pirara un día a Sor Josefa del Castillo, hermana por el cerebro y por el corazón de la Santa de Avila, y en la penumbra misteriosa de los paredones coloniales parece que Satán jugara con los nervios del buen padre Miguel de los Angeles. Por sus calles, en altas horas de la noche, aún semeja vagar la sombra de doña Inés de Hinojosa, que busca el sepulcro del marido asesinado, y se escucha a veces, cuando calla el viento, el chocar de las espadas de Juan Voto y de don Pedro de Rivera.

*El Fozo de Donato*, en donde el indio guardara sus fabulosas riquezas, y *Los Cojines*, que sirvieron para que adorara al Sol el gran Quimuinchatocha, dan a la leyenda ricos venenos, que principian a explotarse. Fue esa una época feliz, tranquila y oscura, interrumpida de pronto por el piafar de los caballos de los conquistadores. Fundaron ciudades ellos, destruyendo humildes caseríos; abrieron veredas sin respetar el labrantío del indígena; mataron y robaron para castigar honradas defensas, y en nombre de su Rey atropellaron todo derecho y conculcaron todas las garantías.

Pasaron los días sobre las colonias, y con la aurora de cada año nacieron para los americanos mayores humillaciones y nuevas esclavitudes. El alma de los criollos principió entonces a despertar. Una mañana en el Socorro, una mujer rompe los edictos reales y entusiasma con su acción a los Comuneros; y al fin estalla la revolución desde los balcones del Cabildo de Santafé de Bogotá, el 20 de julio de 1810. Ese alzamiento, génesis de nuestra independencia, tuvo glorioso final en la batalla del 7 de agosto de 1819. Los libertadores terminaron la obra de los mártires, y éstos, menos afortunados, diéron su sangre a la libertad sin ver el fruto de sus desvelos.

La celebración de este centenario, digna de los próceres a quienes se dedica, está diciendo a la Nación colombiana cuán ciertas fueron las palabras del Padre Choquehuanca: «¡Bolívar! Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crecen las sombras cuando el sol declina.»

Honorables Concejales :

Cumplo con el alto encargo de hacer os formal entrega, en nombre de mis compañeros de Comisión, de la placa de bronce que, como homenaje a los libertadores de Boyaca, ofrece la ciudad de Gonzalo Jiménez de Quesada a la ciudad de Gonzalo Suárez Rondón. Ella os dice de la amistad del pueblo bogotano y os trae un voto sincero por la prosperidad de vuestro Municipio.

Recibid también el saludo de gloria que os envían por mi conducto las Academias de Historia de Colombia y Venezuela; los laureles que ellas os ofrendan enlazan en recuerdo único los nombres de Anzoátegui y de Santander, y forman un solo haz de verdes hojas para la frente del Libertador. A todos ellos el homenaje de la inmortalidad.